

*Conversación 58*  
**TODO POR REHACER**

Saint-Moritz, 28 de julio.

Desde hace quince días estoy en este hotel, solo con mi secretaria india, y no he querido conocer a ninguna de las personas que andan por aquí. Pero me he dado cuenta de que un señor anciano, que tal vez fuera escandinavo, me seguía y espiaba, como si deseara mucho trabar conversación conmigo. Siempre lo veía cerca de mí, en la sala de escribir, en el bar, en el porche, en la veranda y en el parque, y no me quitaba los ojos de encima. Yo le huía, no me agradaba y tenía un aspecto poco grato. Era de físico grande, con características de enfermo bacilar, dos ojos sucios encajados en las órbitas y rodeados por arrugas lívidas; el color de su piel oscilaba entre el terroso y el verde. Parecía un reptil que se hubiera criado en arenales palúdicos. Me esforzaba por no mirarlo, apartando mis ojos de los suyos. Sin embargo, ayer por la noche el nórdico logró hablarme. Fue culpa de mi secretaria india, a la que el reptil logró sobornar, no sé cómo. Me hallaba sentado solo contemplando las montañas, y ella se aproximó acompañándolo, musitó su nombre y se alejó. Yo estaba cansado y no tuve fuerzas para seguirla y reprenderla. El hombre enfermo y grisáceo comenzó a hablar en perfecto inglés

- Le diré en seguida por qué deseo conversar con usted. En un diario suyo que se publicó en los Estados Unidos leí algunas drásticas y mordientes definiciones de las obras maestras de la literatura universal. Me agradaron muchísimo, tanto que las aprendí de memoria y frecuentemente reflexiono sobre ellas. Las mismas me han inspirado el proyecto de una titánica, pero urgentísima empresa. ¿Me escucha usted?»

- Le escucho porque tengo dos oídos y no puedo evitarlo; le escucho porque no tengo ni la voluntad ni la energía suficiente para levantarme de esta poltrona. Siga, pues, pero no deje de mirar su reloj, pues dentro de media hora me iré a dormir.

- Vale la pena escuchar una idea que tuvo su origen en su libro. Me convenció usted de que la vieja literatura humana se ha de rehacer toda, o por lo menos precisa audaces restauraciones. Desde hace algunos años consagro todo mi tiempo, mi ingenio y mi ciencia, a esta gigantesca empresa. Desde los tiempos de Homero en adelante, y también desde Goethe hasta ahora, el mundo se ha transformado profundamente, mientras que aquellas obras célebres han permanecido obstinadamente siendo las mismas. Cambiaron los gustos, los humores, los pensamientos, las costumbres, las técnicas y las metafísicas; todo se ha cambiado y cambia. Por esto, los libros antiguos son parcialmente ininteligibles y parcialmente duros para los lectores de ahora. Hasta la forma, que tan perfecta parecía a los antiguos, ha de ser mejorada y pulida para que sea más grata a nuestro tiempo. Alas que nada se han de cambiar las situaciones, las alternativas, las tesis y las catástrofes. Un trabajo ímprobo, pero apasionante.

»Conozco y domino las lenguas más importantes del mundo y pude, consiguientemente, trabajar en los originales. Comencé con los poemas homéricos, tan ingenuos y bastos para nuestros ojos. Qité de la *Odisea* todas las fábulas infantiles que en ella había, sustituyéndolas con un instructivo periplo del antiguo Mediterráneo. La matanza de los Procos me pareció indigna del prudente Ulises; la cambié imaginando que los procos fueron enviados al exilio y que el hijo de Laertes se puso en camino para hacer otros viajes más allá de las Columnas de Hércules.

»También el *Edipo*, de Sófocles, me pareció demasiado fabuloso y deshumanizado. He hecho que Edipo recupere milagrosamente la visión y que Antígona contraiga un buen matrimonio.

»Tuve que rehacer casi por completo *La Divina Comedia*. Desde el fallecimiento de Dante hasta nosotros han pasado ya más de seiscientos años, apareciendo en ese ínterin muchos otros

pecadores y malhechores que bien merecen ser colocados en el Infierno. Eliminé, además, todos los rellenos teológicos que había en el poema, los que no sólo eran fastidiosos, sino que, y esto es aún peor, no corresponden ya a las conclusiones alcanzadas por la moderna filosofía positivista.

»También el *Hamlet* me ha dado mucho trabajo. Deseoso Shakespeare de saciar los feroces gustos de su público, ha hecho morir con muerte violenta a la mayoría de los personajes. Ya he remediado eso *Hamlet* mata al padrastro adúltero, pero sale del paso con algún que otro rasguño; Ofelia es salvada mediante la respiración artificial y en la última escena ya puede casarse con su querido príncipe.

»Del *Don Quijote* tuve que rehacer por lo menos la mitad. En el héroe reformado por mí, sus ratos de buen juicio se alternan con los ataques de locura, y surgen así amenísimos encuentros y aventuras formidables.

»También el *Fausto*, de Goethe, me ha hecho trabajar empeñosamente. Suprimí la segunda parte, demasiado ligada y hermética, y mejoré mucho la primera. Mefistófeles reconoce que los demonios no son más que una tonta invención de la mente humana y desaparece en el aire de la madrugada como un sueño; Margarita es absuelta por los jueces, Fausto la toma como esposa y vuelve a su cátedra de Wittenberg.

»Pero, apenas me hallo al comienzo de esta necesarísima obra de perfeccionamiento literario. En estos días estoy rehaciendo el *Moby Dick*, de Melville, y la *Saison en enfer*, de Rimbaud...».

No le fue posible continuar hablando. Yo no podía aguantar más: el disgusto y la indignación me proporcionaron fuerzas suficientes para levantarme en actitud amenazadora frente a aquel hombre reptil; la expresión de mis ojos debió ser terrible, porque el desconocido reformador de las grandes obras humanas se sintió lleno de pavor, balbució algunas palabras de disculpa y desapareció entre las sombras del parque.